

Actitud de Gratitud

Bienvenidos de vuelta a “Caminando con Cristo.” Escuché la historia de un monje que se unió a un monasterio y tomó un voto de silencio. Luego de los primeros 10 años, su superior lo llamó y le preguntó: “¿Tiene algo que decir? Le permito decir dos palabras.” El monje contestó: “Comida mala.” Luego de otros 10 años, el monje tuvo nuevamente la oportunidad de decir lo que pensaba. Dijo: “Cama dura.” Pasaron otros 10 años y él fue llamado nuevamente por su superior. Cuando se le preguntó si tenía algo que decir, él respondió: “Yo renuncio.” “Bueno, eso no me sorprende ni un poquito,” contestó el supervisor. “Usted no ha hecho más que quejarse desde que llegó aquí.” (Ríase)

¡Quejarse! ¿Ha notado usted cuán *fácil* es hacerlo? Sentimos una especie de desahogo cuando hablamos sobre nuestras frustraciones en la vida. Hoy vamos a hablar acerca de cómo desarrollar una actitud de gratitud.

Compañerismo

1. ¿Cuáles son algunas quejas que ha escuchado o dicho esta semana?

Discipulado

Cuando pienso en quejarme, al principio soy tentado a clasificar la quejadera como uno de los “pecados menos importantes.” Después de todo, aparte de emitir un aura de negativismo, en realidad no le estoy haciendo daño a nadie excepto a mí mismo, ¿no es así? Pero hoy veremos que un espíritu de queja es una seria afrenta a Dios. Venga conmigo a Números capítulo 11:1-34, y leámoslo juntos.

“Aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová; y lo oyó Jehová, y ardió su ira, y se encendió en ellos fuego de Jehová, y consumió uno de los extremos del campamento. Entonces el pueblo clamó a Moisés, y Moisés oró a Jehová, y el fuego se extinguió. Y llamó a aquel lugar Tabera, porque el fuego de Jehová se encendió en ellos. Y la gente extranjera que se mezcló con ellos tuvo un vivo deseo, y los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos. Y era el maná como semilla de culantro, y su color como color de bedelio. El pueblo se esparcía y lo recogía, y lo molía en molinos o lo majaba en morteros, y su sabor era como sabor de aceite nuevo. Y cuando descendía el rocío sobre el campamento de noche, el maná descendía sobre él. Y oyó Moisés al pueblo, que lloraba por sus familias, cada uno a la puerta de su tienda; y la ira de Jehová se encendió en gran manera; también le pareció

mal a Moisés. Y dijo Moisés a Jehová: ¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres? ¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal. Entonces Jehová dijo a Moisés: Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales, y tráelos a la puerta del tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo. Y yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en tí, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo. Pero al pueblo dirás: Santificaos para mañana, y comeréis carne; porque habéis llorado en oídos de Jehová, diciendo: ¡Quién nos diera a comer carne! ¡Ciertamente mejor nos iba en Egipto! Jehová, pues, os dará carne, y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días, sino hasta por un mes entero, hasta que os salga por las narices, y la aborrezcáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de El, diciendo: ¿Para qué salimos acá de Egipto? Entonces dijo Moisés: Seiscientos mil de a pie es el pueblo en medio del cual yo estoy; ¡y tú dices: Les daré carne, y comerán un mes entero! ¿Se degollarán para ellos ovejas y bueyes que les basten? ¿o se juntarán para ellos todos los peces del mar para que tengan abasto? Entonces Jehová respondió a Moisés: ¿Acaso se ha acertado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra, o no. Y salió Moisés y dijo al pueblo las palabras de Jehová; y reunió a los setenta varones de los ancianos del pueblo, y los hizo estar alrededor del tabernáculo. Entonces Jehová descendió en la nube, y le habló; y tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta varones ancianos; y cuando posó sobre ellos el espíritu, profetizaron y no cesaron. Y habían quedado en el campamento dos varones, llamados el uno Eldad y el otro Medad, sobre los cuales también reposó el espíritu; estaban éstos entre los inscritos, pero no habían venido al tabernáculo; y profetizaron en el campamento. Y corrió un joven y dio aviso a Moisés, y dijo: Eldad y Medad profetizan en el campamento. Entonces respondió Josué hijo de Nun, ayudante de Moisés, uno de sus jóvenes, y dijo: Señor mío Moisés, impídelos. Y Moisés le respondió: ¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos. Y Moisés volvió al campamento, él y los ancianos de Israel. Y vino un viento de Jehová, y trajo codornices del mar, y las dejó caer sobre el campamento, un día de camino a un lado, y un día de camino al otro, alrededor del campamento, y casi dos codos sobre la faz de la tierra. Entonces el pueblo estuvo levantado todo aquel día y toda la noche, y todo el día siguiente, y recogieron codornices; el que menos, recogió diez montones; y las tendieron para sí a lo largo alrededor del campamento. Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió en el pueblo, e hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande. Y llamó el nombre de aquel lugar Kibrot-hataava, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso.”

Lo admito, soy bastante consentido. ¡Definitivamente, hay comidas que **yo** deseo comer vehementemente! Una taza de café (o dos) en la mañana, algo dulce en la tarde, quizás

una jugosa presa de pollo en la noche. También amo una ensalada fresca con montones de diferentes vegetales... y no hay nada como la dulzura de una manzana jugosa y crujiente. Disfruto la variedad y la conveniencia de tener lo que se me antoja un día cualquiera. He pasado una semana a la vez sin mi taza habitual de café... sólo para desarrollar disciplina en mi vida. ¿Y sabe lo que descubrí? Es cierto... estoy echado a perder. Se me hizo difícil estar agradecido cuando no conseguí lo que quería. Me acobardo al ver la realidad de mi egoísmo, pero siento empatía por y comprendo a los israelitas un poquito más cuando pienso en aquella experiencia. ¿Cómo me puedo sentir a juzgarlos, cuando me doy cuenta de *mi propia* tendencia a quejarme? Deténgase y piense en la duración que tienen 40 años. Quizás algunos de ustedes tienen 40 años ahora, o son sólo un poquito más jóvenes o más viejos. Pero, independientemente de cuál sea su edad, imagínese que tiene 40 años. *Ahora*, imagínese que *todos los días* desde que usted nació, recibió galletas de avena para comer, con un poquito de pollo para proteína en las tardes. Galletas de avena para el desayuno, galletas de avena para el almuerzo, galletas de avena antes de dormir. Entonces, usted se tiene que despertar y seguir toda esta rutina de nuevo. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar antes de que cada uno de nosotros se quejara? Sin embargo, Dios enfatiza una y otra vez la actitud de ser agradecidos. I Timoteo 6:8 dice: “Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto.” Dios había provisto al pueblo de Israel alimento en forma de maná y vestidos que no se envejecían. Sin embargo, ellos admitieron sentimientos de auto-compasión tan fuertes, ¡que se olvidaron de cómo habían sido libertados de la esclavitud y desearon volver atrás! Sólo se acordaron de lo que ellos *escogieron* recordar. El verso 5 dice: “Recordamos el pescado que comíamos en Egipto de balde – también los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos.” Sus quejas abarcaban muchas áreas, al igual que las nuestras. Además de la falta de variedad en su dieta, ellos estaban sedientos, caminando en un desierto... y todo el tiempo se acordaban de lo buena que “solía ser” la vida. ¿Por qué la quejadera es tan repugnante para Dios? ¿Por qué dice el verso diez que el Señor se puso *extremadamente* enojado? Porque la quejadera es una cachetada en la cara y un insulto al cuidado de Dios. Escojemos quitar nuestros ojos de Dios y ponerlos en nosotros mismos.

I Tesalonicenses 5:16-18 nos manda:

**“Estad siempre gozosos; orad sin cesar; dad gracias en todo,
porque esta es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo Jesús.”**

No podemos hacer las dos cosas al mismo tiempo... quejarnos y ser agradecidos... ¡así que cuando nos quejamos estamos escogiendo desobedecer!

Un hombre que había experimentado un año muy difícil (incluyendo el ser asaltado), guardó esto en su diario: “Déjenme ser agradecido primero, porque nunca antes me habían robado; en segundo lugar, porque aunque se llevaron mi cartera, no se llevaron mi vida; en tercer lugar, porque aunque se llevaron mi todo, no era mucho; y en cuarto lugar, porque fui yo al que robaron... y no yo el que robé.” Como vé usted, *siempre* hay algo por lo cual estar agradecido. Cuando estemos en nuestro lecho de muerte, ¡aun podemos estar agradecidos de que pronto nos encontraremos con Cristo! Nuestra actitud estará

determinada por nuestro enfoque. Eclesiastés 7:10 nos dice: “Nunca digas: ‘¿Por qué los tiempos pasados fueron mejores que éstos?’ Porque nunca nada de esto preguntarás con sabiduría.” Enfocarnos en aquello con lo cual Dios nos ha bendecido, en vez de mirar aquello que **no tenemos** es la llave para ambas, la alegría y la gratitud.

Note en el verso 10: “Moisés escuchó a las personas de **todas** las familias lamentándose.” **Todos** lo hacemos en algún momento u otro. Después de todo, si las estrellas salieran solamente una vez al año, ¡todo el mundo se quedaría despierto toda la noche para miraras! Hemos visto las estrellas con tanta frecuencia que ya no nos molestamos más en contemplarlas y asombrarnos ante ellas. Hemos crecido acostumbrados a nuestras bendiciones. ¿Con cuánta frecuencia he fallado en darle gracias a Dios por la puesta del sol, por Su sabiduría desplegada en la complejidad de una mariposa, mi cabello, mi salud, mi hogar, mi comida, vestido y familia? ¿El regalo de la salvación, el hogar que El está preparando para mí y cada nuevo día que me despierto libre de dolores... o al menos, capaz de sentir el dolor? Todos pasamos penurias como los israelitas, sin embargo, aun éstas pueden ser oportunidades para ver la gloria de Dios y crecer más cerca de lo que realmente es importante. ¡Los israelitas fueron alimentados con pan del cielo! Cada día un milagro extendido delante de sus ojos... sin embargo, estaban demasiado ocupados pensando en lo que echaban de menos.

El predicador escocés George Matheson se dio cuenta de que él no estaba listo para alabar a Dios cuando las cosas iban mal, tanto como cuando iban bien. Sin embargo, cuando comenzó a perder la vista, él cambió su manera de pensar. Luchó durante algunos meses con esta carga agotadora, hasta que llegó al punto en donde pudo orar: “Mi Dios, nunca te he dado gracias por mi espina. Te he dado gracias mil veces por mis rosas, pero nunca por mi espina. He estado buscando un mundo en donde fuera compensado por mi cruz, pero nunca he pensado en mi cruz como una gloria presente **en sí misma**. Enséname el valor de mi espina.” Es en esos lugares difíciles que descubrimos la suficiencia de Su gracia. En nuestras pruebas nos volvemos a Dios. A medida que dependemos de El, descubrimos que Su fuerza se perfecciona en nuestra debilidad. Deuteronomio 8:2 dice: “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos.” Quizás Dios está permitiendo cosas en su vida ahora mismo para conocer lo que hay en su corazón... y si usted va a guardar Sus mandamientos o no, en cuanto a tener una actitud de gratitud.

Quédense conmigo mientras hago una confesión más acerca de mis deseos y vean si ustedes pueden identificarse conmigo. ¿Alguna vez han extrañado tanto una comida y se han sentido tan privados de ella, que cuando **finalmente** la tuvieron, comieron hasta que se enfermaron? Me ha pasado con las pizzas, galletas o cualquier cosa que escojo para consentir **mis** apetitos. Nuestros deseos humanos son así. Queremos lo que queremos, y cuanto queremos y con frecuencia los resultados son literalmente, enfermantes. En los versos 19 y 20 Dios les dice: “Jehová, pues, os dará carne, y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días, sino hasta por un mes entero, hasta que os salga por las narices, y la aborrecáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová

que está en medio de vosotros.” Cuando rechazamos la elección de Dios y lo que es mejor para nosotros, siempre vivimos para lamentarlo.

Se nos dice que ofrezcamos a Dios un “sacrificio de alabanza.” Si siempre fuera fácil hacerlo, no sería un sacrificio, ¿no es así? Pero a medida que escojemos caminar en obediencia, aun dando gracias a Dios por las espinas, ¡nos encontraremos a nosotros mismos siendo liberados de nuestra propia cautividad! Caminaremos con Dios, alimentados por Su mano amorosa, y llenos de una nueva apreciación por Sus bendiciones.

2. Comparta acerca de un tiempo difícil en su vida, en donde sintió que Dios estaba con usted. ¿Qué espinas está experimentando ahora, por las cuales sabe que también puede darle gracias a El?
3. Lea I Timoteo 6:6-8. Hable acerca de los retos del verso 8. ¿Cree usted que podría vivir contento con tan sólo estas dos cosas?

6 Es cierto que con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero sólo si uno está satisfecho con lo que tiene.

7 Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos.

8 Así que, si tenemos ropa y comida, contentémonos con eso.

4. Lea Lucas 17:11-18. ¿Qué cosa cree usted que hizo que este hombre regresara? ¿Por qué no regresaron los demás?

11 Un día, siguiendo su viaje a Jerusalén, Jesús pasaba por Samaria y Galilea.

12 Cuando estaba por entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres enfermos de lepra. Como se habían quedado a cierta distancia,

13 gritaron: --¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!

14 Al verlos, les dijo: --Vayan a presentarse a los sacerdotes. Resultó que, mientras iban de camino, quedaron limpios.

15 Uno de ellos, al verse ya sano, regresó alabando a Dios a grandes voces.

16 Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le dio las gracias, no obstante que era samaritano.

17 --¿Acaso no quedaron limpios los diez? --preguntó Jesús--. ¿Dónde están los otros nueve?

18 ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero?

5. En el pasaje de Lucas 17, ¿con quién se vé usted incluido... los nueve o el uno?
6. Lea Filipenses 2:14. ¿Qué situación de la vida representa el reto más grande a su obediencia en este verso?

“Háganlo todo sin quejas ni contiendas...”

Ministerio

7. Ministréense unos a otros y a ustedes mismos, ¡al hacer un recuento de las bendiciones y de la fiel provisión de Dios! Compartan sobre aquello por lo cual están agradecidos. Cierren en oración, pidiendo una continuada actitud de agradecimiento durante esta semana.

Adoración

8. Lean juntos el Salmo 103:2-5.

“Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios, El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila.”